

FERNANDO FERNÁN - GÓMEZ

**E L V I A J E A
N I N G U N A P A R T E**

EDITORIAL DEBATE

Prólogo a la tercera edición

Los cómicos, los pícaros, los corrales de comedias, los que iban echando cine con una furgoneta, las cómicas, sus padres y sus hijos, sus amantes y sus novios, teatro de la legua, España de la legua y el leguario, hasta el Café Gijón y el fragor de rumores que es la fama: Fernando Fernán-Gómez.

Fernando escribió para la radio una novela cinematográfica sobre el teatro, reuniendo así todos los géneros narrativos posibles, como es habitual en él, que sin duda practica la filosofía, aunque nunca se la haya formulado, de que el género es el hombre. Primero la radio. *El viaje a ninguna parte*, libro que presentamos hoy, nace como novela radiofónica, y nace bien, porque la radio es puro diálogo y Fernando sabe dialogar. Los novelistas, hoy, no saben dialogar, han perdido el don de la réplica, tan vivo y cuidado en Valle-Inclán, por ejemplo. Entonces, como no saben, ya digo, han decidido que eso no se lleva. A Fernando le da lo mismo y ha escrito una novela dialogada, como las de don Alejandro Dumas, cosa que puede escandalizar a los críticos que hace años se escandalizaban por todo lo contrario. Pero Fernando es hombre de cine, quizá nuestro primer hombre de cine, y he aquí que su novela radiofónica se torna inmediatamente cinematográfica, por la riqueza y variedad de situaciones visualizables. Fernando sigue machihembrando los géneros como ha machihembrado siempre su vida.

Fernando Fernán-Gómez es todo lo contrario de un pedante.

Con cine y con radio dentro, la novela sigue siendo novela, por su gracia y continuidad narrativa, y concretamente novela picaresca, novela de pícaros, ya que los cómicos de la legua han sido, durante dos siglos, los pícaros posteriores a la picaresca. Y éste es el juego: el teatro, que han puesto en pie tantos pícaros por pueblos de España y Corrales de la Pacheca, se convierte ahora en objeto de estudio de un estudioso de la picaresca. El pícaro interpretado y el actor pícaro son uno mismo, doblados y desdoblados, en esta fluente, parlante y fascinante novela.

Fernando Fernán-Gómez ha escrito la última novela del siglo XVII. La última gran novela picaresca. Episodios como el del usurero/autor o el de los pelicularos pertenecen a una picaresca que está entre nuestro tiempo y el tiempo intemporal de España.

Mi admirado, mi querido, mi entrañable Fernando, ha escrito la novela española de siempre, itinerante y parlanchina, pícaro y paisajista, aunque apenas se ocupe del paisaje, y le baste, para darnos el entorno, el gemido de un tren que se lleva los campos o el canto aldeano y cidiano de un gallo. Habíamos perdido, ya digo, en la novela española, el don de la réplica, que tuvieron Cervantes, Lope, Clarín, Valle-Inclán, Cela. Es el don literario más claro en *El viaje a ninguna parte*.

Fernando es un novelista clásico en la medida en que es clásico el siempre actual Cela. Es un clásico que se sabe clásico: o sea, un moderno. Vladimir Nabokov, el autor de *Lolita*, y de libros mucho mejores que *Lolita*, considera que el *Quijote* es un libro «viejo y cruel». Toda la literatura española es vieja y cruel, salvo la que es moderna y cursi: es decir, traducida, plagiada o participante en beneficios de la vejez y la crueldad de alguna literatura extranjera.

Fernán-Gómez sale modestamente aludido dentro de su propio libro, como *Don Quijote* sale, de libro famoso, en la segunda parte de la obra, y no creo que haya más grande mo-

dernidad en Cervantes. Lo de la desaparición del autor es una cosa que trajeron después los reprimidos del XIX y el provincianismo genial de Flaubert. Fernando Fernán-Gómez ha escrito una novela como las de antes, donde los personajes se definen por cómo hablan; una novela de hoy, es decir, un viaje hacia ninguna parte, que es como podría definirse el *Ulysses* o *A la busca del tiempo perdido*. Y una novela de siempre, porque está ya en el Círculo de Lectores, que es la eucaristía de los lectores que no se agrupan en círculos. El lector puro para el escritor puro: Fernando Fernán-Gómez.

FRANCISCO UMBRAL

Leído en el acto de presentación de esta novela. Madrid, nueve de abril de 1985.

1

El teatro es otra cosa

Hay que recordar... Hay que recordar... Más alto, por favor. La música, digo. ¿Puede estar un poco más alta? Así, así... Sí, me acuerdo, me acuerdo muy bien. Estos que cantan son el Trío Calaveras, y la canción, un bolero, se llama *Caminemos*.

¡No, no es el Trío Calaveras! ¡Son Los Panchos! Han pasado ya tantos años... Pero son ellos, estoy seguro.

Sí, Los Panchos... A Los Calaveras los vi sólo una vez, cuando se despedían de Casablanca, una «sala de fiestas», como se llamaban entonces.

Aquella noche, después de cerrar, nos quedamos unos cuantos con «los calaveras». En aquel tiempo obligaban a cerrar esos sitios muy pronto. Cosas de Franco, que como él no salía de noche... Su niña, sí, su niña sí que salía con amigos y amigas. A veces se la veía en las «salas de fiestas», cuando había una atracción importante. Aún recuerdo su belleza, entre aristocrática y gitana, su mirada oscura... La recuerdo, sí, sí... Ella y las amigas de su mesa estaban siempre muy bien vestidas, es natural. Los dueños de esos locales también obligaban a vestirse bien a las chicas, pero era otra cosa. No había ni punto de comparación.

Como digo, nos quedamos unos cuantos. Un hombrecillo flaco, ondulado, atildado, con flor en el ojal, chilló con voz aguda y descaradamente amariconada:

—¡Bueno, ya estamos los cabales!

—Marceliano, dile a Molina que saque el champán —ordenó el dueño.

—¡Qué generoso, don Leandro! —celebró el marica.

Maruja Asquerino, que andaba por allí, suplicó seductora:

—Anda, Raúl, cantaros algo, que no se diga.

El «calavera» Raúl trató de excusarse.

—El trabajo ha terminado, hermana; no por hoy, sino por la temporada.

—¡La despedida, hombre, la despedida! —insistió Maruja. A la petición se sumó el del ojal florido.

—¡Que hay gente importante! ¡Están aquí los mejores artistas del mundo!

—¡Que canten, que canten, que canten! —pidieron varias voces a coro.

Y cantaron esa canción mejicana, de amor y de despedida, tan triste: *La barca de oro*.

Por el champán, por la despedida o por el amor, a algunos de aquellos golfos y golfas se les saltaban las lágrimas.

Siempre se ha dicho de los artistas que somos aves nocturnas. Los artistas y los golfos. Para la gente somos todos uno. Aquella noche estaban en Casablanca Jorge Mistral, Lola Flores y la que he dicho antes, María Asquerino. Qué hermosura de mujer. Maruja, la llamaban entonces.

Yo, en persona, casi no conocía a nadie. Eran artistas de Madrid, y yo hasta hacía poco no había salido de los pueblos. Creo recordar que me había llevado a Casablanca Miguel Mihura, que acababa de descubrirme. Descubrimiento tardío, porque yo andaba ya por los cuarenta años, pero al que debo mis mayores éxitos y los años más felices de mi vida. Hasta entonces siempre había trabajado en la compañía de mi padre, un gran actor que no tuvo suerte; enamorado siempre, como yo, de su profesión, la más bella que existe.

Solíamos vivir en una fonda de Ciudad Real... ¿O de Talavera de la Reina? En fin, la fonda en que vivíamos casi todo el año, estaba en Ciudad Real, y desde allí salíamos para los pueblos de La Mancha o de La Llanada. Siempre de pueblo en pueblo. Siempre de camino, como en la canción de Los Panchos. Pero cuando ocurrió lo que ahora quiero contar, no sé si estábamos en la fonda de Ciudad Real o en una pensión de Talavera. No me acuerdo bien. Bueno, pero es lo mismo. Lo que quería contar es cuando se presentó mi hijo, aquel zangolotino.

Estaba plantado allí, muy cerca de la puerta del cuarto, y decía con un acento gallego muy leve pero perceptible:

—Vine en el correo hasta Madrid. Y de Madrid aquí, en un autocar.

No creo que yo consiguiera dar grandes muestras de seguridad con mi expresión ni con el tono de mi voz cuando comenté:

—Sí... No es mala combinación...

Dejé de apoyarme en un pie para apoyarme en el otro, y pregunté:

—¿Así que tu madre te ha mandado que vengas?

—Claro.

—Pues... no sé qué decir.

—Yo tampoco.

—Como nos hemos visto muy pocas veces...

—Nunca —resumió lacónico.

Los actores sabemos que cuando un personaje no sabe qué decir carraspea para tomarse tiempo. Yo carraspeé.

—Sí, eso es, nunca. Yo a ti te he visto en las fotos que me mandaba tu madre de vez en cuando. Tú crecías, crecías...

—Claro —confirmó, de nuevo lacónico.

—Pues..., abrázame, hombre.

Abrí los brazos. El vino hacia mí y le estreché contra mi pecho. En los instantes que permanecemos abrazados, a mí no se me ocurrió pensar más que lo que he dicho: que era un zangolotino. Me sacaba una cuarta, estaba muy flaco, tenía las piernas largas y los labios muy gordezuelos, el de abajo un